



# **La familia del Dr. Lehman**

*Sandra Araya*

Decidió recorrer la calle de aquel pueblo, en línea recta, para encontrar un cajero automático. Eventualmente, todos tendrían que comer y sacar el poco dinero que le quedaba en la cuenta bancaria le parecía a ella un acto impostergable. Además, tenía hambre.

La hija del Dr. Lehman, Amy, caminó, mirando hacia atrás, para recordar exactamente dónde estaba parqueado el automóvil de su padre. Quiso memorizar, de un solo vistazo, todo lo que hubiera alrededor: una tienda de confites que exhibía bolitas de colores dentro de una gran esfera de cristal; al frente, una tienda de medias mostraba unas sedosas piernas de neón celeste. El auto de su padre, un Mustang café que parecía sacado de otro tiempo —y es que lo era, en realidad—, estacionado entre todos los automóviles modernos de colores brillantes, destacaba como un sobrio y añejo insecto en medio de un jardín estridente. No había forma de perderse.

Amy pudo acceder a un cajero automático dentro de una pequeña galería. Más allá, unos niños jugaban en una piscina de pelotas de colores, la gente a su alrededor caminaba sonriendo, inmersa en su propia vida. Junto al cajero, en un puestito de lotería pintado de blanco, una mujer de rizos negros conversaba con la mujer que vendía los boletos, algo mayor, con el pelo teñido de color chocolate. Amy respiró ese aire de normalidad, esa paz de ciudad pequeña, y deseó quedarse a vivir ahí. Nadie la miraba especialmente, y ella no reparó en nadie de forma particular. Así debía sentirse llevar una vida normal.

Después de un momento de duda, en realidad fue una cuestión de segundos, Amy recordó la clave de su cuenta banca-

ria y la digitó —aquel movimiento siempre era tan rápido que ni siquiera le prestaba atención a su nombre en la pantalla—, así como luego seleccionó la cantidad de dinero que necesitaba, lo último que le quedaba. Empezó entonces a imaginar qué compraría con aquella plata. Quería un paquete de palomitas dulces, también compraría gaseosas frías para su madre, su hermano y su padre, tal vez podría también comprar por ahí una bolsa de pan en tajadas y preparar sánduches de queso. Solo cuando recibió el dinero y retiró su tarjeta sintió que la gente la miraba con curiosidad, aquella misma mujer de rizos que antes no había reparado en ella, la lotera, la madre de uno de los niños que jugaba en la piscina de pelotas de colores. Se preguntarían, pensó, quién sería y qué andaba haciendo por ahí. Quizás, incluso, notarían aquel gesto suyo de limpiar contra la pernera del pantalón la tarjeta del banco una vez que la retiraba de la máquina, como si esta estuviera contaminada o como si quisiera borrar su nombre escrito en ella.

Amy se acercó primero a la confitería cerca del patio de juegos y compró al fin el paquete de palomitas dulces que quería. Cuando salió de la tienda, se dio cuenta de que había aparecido más gente en la galería y que todos la miraban, aunque aún sin acercarse. Pudo sentirse intimidada, pero la verdad es que nadie exhibía ningún gesto de rechazo o agresivo. Ella sonrió a su alrededor y cabeceó, en un gesto que tenía de saludo, asentimiento y despedida.

Recorrió los pocos metros que la separaban del auto de su padre, pero ya desde lejos pudo notar que algo había cambiado definitivamente en sus vidas. Alrededor del vehículo había gente que sonreía, que reía, que saludaba a su familia. Su padre, acomodándose los lentes de montura dorada que siempre se le deslizaban hacia abajo por el puente de la nariz, le decía a su madre, pudo escuchar Amy, ya a pocos pasos, que le habían pedido los del pueblo que se quedase. Necesitaban un médico.